

medio la casa de Sales se hizo, no solamente un santuario de virtud, sino el modelo mas acabado del espíritu de familia, como tendremos ocasion de notar á menudo. La mas íntima cordialidad unía á todos sus miembros, de tal modo que no conocian mas goces en la vida que estar reunidos.

No obstante, lazos mas tiernos unieron ya desde entonces al joven Francisco con su hermano Luis. Los corazones de estos dos ángeles de la tierra se encontraron en tan perfecta armonía, que parecian no poder separarse. Luis estaba tan unido á Francisco como la sombra al cuerpo, y su mayor placer era seguirle y acompañarle á todas partes. En el trascurso de esta historia veremos los frutos admirables de sabiduría y piedad que resultaron de esta union (1).

### CAPITULO III.

Francisco de Sales va á París á seguir el curso de Retórica y de Filosofía. Es combatido de una fuerte tentacion.

(1580 á 1586.)

Despues que Francisco hubo terminado el estudio de las humanidades en Annecy, el Señor de Boisy creyó debía enviarle á París, para que estudiara allí la Retórica y la Filosofía. Consideraba que en este gran centro de la enseñanza europea, su amado hijo encontraria maestros mas hábiles, lecciones mas estensas y profundas, rivales mas dignos de él, que desarrollarían con la emulacion sus naturales talentos, todo lo que puede completar la educacion de un jóven noble, destinado á vivir en el mundo y en la corte. Como la flor de la nobleza de Saboya habia sido educada en el colegio de Navarra, pensó que no podia hacer nada mejor que colocar allí á su hijo.

Informado Francisco del proyecto del Señor de Boisy, acogió con alegría el pensamiento de ir á concluir sus es-

(1) *Casa de Sales*, p. 246.

tudios á París, convencido de que encontraria allí mas medios para perfeccionarse en las ciencias y en las letras: solamente le afligia la casa donde su padre queria enviarle (1). El colegio de Navarra ciertamente tenia una fama grande, y muchos nobles seguian allí los cursos, pero se dedicaban muy poco á cultivar la piedad; se pensaba mas en formar caballeros capaces de brillar en el mundo, que en educar cristianos sólidos en la virtud; y el tener que frecuentar esta escuela alarmaba al piadoso joven. Por otra parte, sabia que el colegio de Clermont (2), dirigido por los Jesuitas, era una santa casa donde florecia la piedad, al mismo tiempo que la ciencia, y esta consideracion le daba en su corazon la preferencia sobre todas las demás ventajas. Pero ¿cómo inclinar á su padre á colocarle en una escuela que, por el solo hecho de no ser la de la nobleza de Saboya, se presentaba bajo un aspecto menos lisonjero para el amor propio? La dificultad de la empresa, que sentia vivamente, fue durante algunas semanas el tormento de su alma. Hablaba á Dios en sus oraciones, derramaba lágrimas noche y día, y al fin se decidió á confiar su pena á su querida madre. Se presentó á ella deshecho en lágrimas, y preguntándole ésta la causa de su afliccion: «¡Ay! mi buena madre, le contestó; es que me veo en peligro de perder mi alma. Si voy al colegio de Navarra, mi debilidad me dice que pereceré allí. Yo soy inclinado al mal; las malas compañías me arrastrarán; ¿y de qué me servirá la vana ciencia del siglo si me condeno? Hay un medio de conciliar el interés de mi instruccion con el de mi virtud, y es enviarme al colegio de los PP. Jesuitas. Estos son sábios y piadosos á la vez; me enseñarán las ciencias y el camino del cielo á un mismo tiempo, y me instruiré sin riesgo para mi salvacion. ¡Oh madre mia! añadió arrojándose á sus piés, yo os suplico alcanceis del Se-

(1) Carlos Aug., p. 7 y 8.—La Riviere, p. 24.—De Maupas, p. 18.

(2) Habia en París muchos colegios que llevaban los nombres de las diócesis que los habian fundado, como el colegio de Beauvais, de Clermont, etc.

«ñor de Boisy me envíe con estos buenos Padres, y sin duda vos será mayor consuelo verme volver de mis estudios fervoroso discípulo de Jesucristo, que hábil cortesano, esclavo del mundo y de sus pasiones.» La piadosa madre accedió sin dificultad á los deseos de su hijo: habló al Señor de Boisy, é hizo valer tanto las razones que habia para preferir el colegio de los Jesuitas al de Navarra, que este, sacrificando todas las miras de su amor propio, dió su consentimiento (1). Esto llenó de júbilo el corazón de Francisco, que dió con efusión gracias á su madre por haberlo solicitado y á su padre por haberlo otorgado, y ya no pensó mas que en prepararse para la partida.

Los preparativos materiales no eran los menores: el Señor de Boisy, en su cristiana y paternal solicitud, se preocupaba mucho por encontrar hombres seguros y fieles, á los cuales pudiese confiar la inocencia y la virtud de su hijo; es decir, un hombre juicioso y de piedad, y un ayuda de cámara fiel y libre de toda sospecha. Para el primer cargo eligió á Mr. Deage, sacerdote de gran piedad, de mucho saber y de una rara prudencia, de un carácter un poco severo, pero por lo mismo mas á propósito para contener á su hijo durante la edad crítica que iba á atravesar. Por ayuda de cámara le dió á Jorge Rolando, uno de sus criados mas dispuestos y al que mas queria, pero del cual creyó debía privarse por el interés de un hijo tan amado. Francisco, por su parte, hizo las mas firmes resoluciones para conservar su virtud; y como era entonces costumbre entre los jóvenes nobles adoptar una divisa la primera vez que salian de sus casas, eligió estas dos palabras, propias para recordarle lo que debía ser: *Non excidet*; no degenerará (2). Estando todo preparado para el viaje, Francisco, despues de haber recibido la bendición de sus amados padres, se puso en camino acompañado de su ayo y seguido de su ayuda de cámara. Por todas partes donde pasaba el

(1) Cárlos Aug., p. 8.

(2) *Casa de Sales*, p. 39 y 361.

santo viajero, impresionaba de una manera notable con su virtud. Un aire de santidad tan admirable brillaba en su rostro y en toda su persona, que en los lugares donde se detenía, ya para tomar algun alimento ya para pasar la noche, era el objeto de una especie de veneracion religiosa, no mirándole sino con respeto, y las atenciones que le tenían parecían una especie de culto (1). Él, por su parte, observaba todo lo que encontraba á su paso de interesante para la religion ó la ciencia; preguntaba sobre ello, si era necesario, á sus compañeros de viaje; hacia él mismo las reflexiones mas juiciosas; y tomaba notas sobre las cosas mas dignas de atencion. Hizo su viaje pasando por Lyon, Bourges y Orleans. Apenas llegó á París, sin dejarse llevar del deseo ardiente de ver esta gran ciudad, se hizo conducir al punto al colegio de los Jesuitas, despues, sin embargo, de haber dejado su espada para no aparecer sino como un simple escolar. Estos, admirados de su hermosa presencia y su aire amable y modesto, le acogieron con alegría y le procuraron un alojamiento en una casa inmediata, desde donde podria facilmente seguir todos los dias como esterno las clases del colegio. Le interrogaron en seguida sobre sus estudios anteriores, y habiendo reconocido bien pronto que á aquella hermosura atractiva y majestuosa, á aquel carácter franco, dulce y afable, que los habia sorprendido á primera vista, unia todos los conocimientos adquiridos acerca de las humanidades, un juicio penetrante y profundo, un talento capaz para todas las ciencias, le recibieron, segun el deseo de su padre, en la clase de Retórica.

Feliz allí por encontrarse en la fuente de la ciencia, se entregó con ardor al estudio: atento á las sábias lecciones de sus nuevos maestros, se esforzó por no perder ni una sola de sus palabras; las recogía, las meditaba, y las ponía en práctica en sus composiciones literarias. Este trabajo sostenido, le valió en París como en Annecy los primeros

(1) Cárlos Aug., p. 8.

puestos entre sus discípulos, sin escitar sin embargo su envidia, porque la modestia que se notaba en él, no permitía que se le mirase sino con respeto y amor.

Para desarrollar aún mas los talentos de su ilustre discípulo, los Jesuitas le aconsejaron el estudio de la lengua griega, que ofrece á la elocuencia sagrada y profana los mas hermosos modelos; y le hicieron seguir el curso que esplicaba entonces el Padre Sirmond, tan célebre por su erudicion y sábias obras (1). Gracias á todos estos medios de instruccion continuados durante dos años enteros, purificó su gusto, formó su estilo, se hizo dueño del arte oratoria, y se elevó en esta parte á tal altura, que fue considerado en lo sucesivo como uno de los hombres mas elocuentes de su siglo.

A estos estudios serios añadió los ejercicios corporales, que se consideraban entonces como una parte esencial de la educacion de un caballero; tomó lecciones de baile, de armas, y de equitacion. Tenia poco gusto hácia estos ejercicios, por considerarlos inútiles al objeto que se habia propuesto recibiendo la tonsura, pero su padre lo queria, y obedeció. Se entregaba á ellos los dias de asueto como por forma de recreo; y como tenia en los miembros una flexibilidad, una ligereza y unas fuerzas poco comunes, llegó en poco tiempo á ser muy hábil, y de aquí aquella soltura, aquella gracia en todos sus movimientos que conservó en adelante, y que hacian resaltar tan maravillosamente su modestia y sencillez (2).

A pesar de todos estos triunfos, tan propios para lisonjear el amor propio de un joven, Francisco se preocupaba

(1) Jacobo Sirmond, nacido en Riom en 1559, fue uno de los hombres mas eruditos de su siglo. Profundo en el conocimiento de la antigüedad eclesiástica, publicó las actas de los concilios de los Galos, las obras de Teodoreto y de Hincmaro de Reims, los Capitulares de Carlos el Calvo, el Código Teodosiano y Facundo de Hermiane, enriqueciéndolos con notas que aclaraban los lugares oscuros y llevaban la luz al seno del caos. Es tambien autor de cinco volúmenes de opúsculos, cuyo estilo puro y elegante puede servir de modelo á los que tratan materias teológicas.

(2) Carlos Aug., p. 8.

mucho mas de su progreso en la ciencia de los santos, y en las virtudes verdaderas. Llevaba siempre consigo algun libro de piedad, y no dejaba pasar dia alguno sin alimentarse con él su espíritu y su corazon. Considerando los libros piadosos como dictados á sus autores por el Espíritu Santo para su bien personal, á fin de enseñarle lo que debia amar ó aborrecer, hacer ó evitar, procuraba no adquirir ciencia para satisfacer una vana curiosidad, sino únicamente para hacerse mejor. Con esta intencion leia algunas frases, luego se detenía para reflexionar, para saborear lo que acababa de leer, y penetrarse bien de los piadosos afectos que le inspiraban, sacando santas resoluciones, que procuraba poner en práctica el mismo dia si le era posible.

A estas lecturas unia una asistencia asidua á los sermones, porque decia que la palabra predicada mueve mas eficazmente que la escrita. Constante sobre todo en ir á oír á los mejores predicadores, los escuchaba con una piadosa avidez, sin perder una sola de sus instrucciones, y recogía piadosamente en su corazon lo que habia oído, conformando á ello su conducta (1).

Sin embargo, demasiado ilustrado para no comprender la necesidad de un guia, cuya mano hábil y firme le hiciera caminar con paso rápido por las sendas de la perfeccion, escogió un sábio director, y con sus consejos se elevó á la práctica de las virtudes mas difíciles. Los miércoles, viernes y sábados de cada semana ayunaba y llevaba cilicio (2), considerando que el demasiado cuidado del cuerpo hace al alma pesada y menos apta para las cosas espirituales; cada ocho dias se confesaba y comulgaba; y cuando le preguntaban por qué comulgaba tan á menudo, «por la misma razon, contestaba, que converso muchas veces con mi ayo y mi preceptor. Nuestro Señor es mi maestro en la ciencia de los santos, y voy á Él con frecuencia con el fin de que me la enseñe, porque me im-

(1) El P. la Riviere, p. 27.

(2) Dep. de Francisco Favre.

»porta muy poco ser sabio si no soy santo.» (1) Cada Comunión, en efecto, le fortificaba y reanimaba en la práctica del bien; era el foco donde su corazón se encendía; la fuente donde su alma bebía la vida; el alimento que le sostenía en las pruebas y tentaciones. Por esto exhortaba con palabras de fuego á sus discípulos á que se acercasen á ella á menudo, y no había industria de que no se valiera para empeñarlos á ello. Habiendo ido á visitarle á su casa un día un piadoso joven de la Roche (en Saboya), le invitó á almorzar para el día siguiente. El joven aceptó el convite y acudió á la hora indicada. «Amigo mío, le dijo Francisco, que conocía su piedad, voy á confesar y comulgar á la iglesia de los Jesuitas; ¿quereis ser de la «partida?» El joven, sorprendido con esta proposición inesperada, titubea, reflexiona, y responde: «Bien, con mucho gusto.» Los dos fueron, en efecto, á confesarse y á comulgar. Cuando hubieron satisfecho su piedad. «Ya veis, le dijo Francisco al salir de la iglesia, cuál es el gran festín al que os invitaba ayer sin designarlo; vamos ahora á alimentar nuestro cuerpo;» y no solamente le hizo almorzar, sino que le detuvo consigo todo el día, encantándole con sus amables conversaciones, procurándole todas las distracciones que estaban á su alcance, compartiendo también con él sus ejercicios de piedad y sus comidas; con lo que el joven se retiró, complacido de un día tan feliz y lleno de placeres tan puros (2).

Tantas virtudes merecieron á Francisco ser admitido en la Congregación de la Santísima Virgen, establecida en el colegio de los PP. Jesuitas. Este favor fue para él el motivo de una santa alegría y el principio de una vida nueva. Se dijo á sí mismo que, para no deshonorar á la Congregación en que acababa de entrar, debía hacerse digno émulo de tantos piadosos jóvenes, sus nuevos cofrades,

(1) Dep. de la Madre Chaugy, que lo sabía por el P. Binet, discípulo del Santo.

(2) Dep. del Canónigo Gard.—De Maupas, pag. 23 y 24.

pues que el cielo, haciéndole la gracia de ver más de cerca y contemplar en la intimidad tan bellos modelos, le obligaba por eso mismo á imitarlos; y en su consecuencia se entregó más que nunca á la piedad y á las virtudes verdaderas. Se le vió desde entonces sacrificar más perfectamente aún que antes continuamente su propia voluntad, y ese espíritu de independencia, tan natural en un joven noble, mostrándose siempre respetuoso á sus maestros y obediente á sus menores deseos, y condescendiendo siempre á la voluntad de los otros en lo que le era permitido. Sobre todo estaba lleno de deferencia hacia su ayo, en quien veneraba al representante de la autoridad paterna y al hombre que ocupaba cerca de él el lugar de Dios.

Esta deferencia llegaba hasta no salir nunca sino con su permiso; y cuando se lo rehusaba, se retiraba humildemente sin asomo de mal humor. Se conducía del mismo modo en todo lo que de él solicitaba, sin insistir jamás después de serle negado, excepto una vez, en la cual su buen corazón le obligó á hacer algunas instancias. Un empleado de la casa había faltado al Sr. Deage, y este quería que la falta fuese castigada. Francisco acude á pedir perdón por el culpable; se le rehusa; insiste, y el ayo, dejándose llevar de la viveza de su carácter, le da por toda respuesta un fuerte bofetón. El santo joven no demostró ningún sentimiento, retirándose con la misma tranquilidad y agrado que si le hubiera concedido lo que pedía (1).

Este espíritu de paz, de dulzura y de angelical modestia, no se notaba solamente en el trato con su preceptor. Por grandes que fuesen las molestias que le ocasionaban sus discípulos ú otras personas, se mostraba siempre dulce y humilde, afable y manso en todas sus acciones. Así, por todas partes donde iba le miraban con respeto, y con frecuencia se oía decir cuando se acercaba: «Ahí está el ángel del colegio;» como si, según la observación de uno de

(1) Juan de San Francisco, p. 29 y sig.—Dep. de Santa Juana Francisca de Chantai, art. 4.

sus discípulos (1), él hubiera arrebatado á Santo Tomás de Aquino el glorioso nombre de ángel de las escuelas. En las iglesias, sobre todo, era donde brillaba la virtud de Francisco, constante en asistir á los Oficios y sermones, y no menos exacto en acudir todos los dias á adorar á Jesucristo en el Santísimo Sacramento. Se presentaba siempre en el lugar santo con un exterior que hacia conocer bien la viveza de su amor y de su fe, y se le veia tan recojido en todo su aspecto, tan recatado en sus miradas, tan piadoso en su modo de orar, que involuntariamente se decia: «Así es como oran los ángeles y los santos en el cielo.» (2)

Igualmente fiel en visitar todos los dias alguno de los santuarios de la Virgen, y particularmente el de San Esteban *des Grès*, donde se veneraba con un culto especial una de sus imágenes, desahogaba allí con tanto abandono y ternura su alma, que se reconocia facilmente que, si amaba á Jesucristo como á su Dios y Salvador, amaba á María como á su madre. Apenas podia hablar de ella sin tener los ojos llenos de dulces lágrimas, la hacia la confidenta de sus penas igualmente que de sus alegrías, y á menudo se le oia esclamar en un santo trasporte: «¡Ah! ¿quién podrá no amaros, Madre mia? Que yo sea vuestro para siempre, y conmigo todas las criaturas vivan y mueran por vuestro amor;» (3) y cuando hacia esta oración, el color de su rostro revelaba los piadosos sentimientos de que su corazón estaba penetrado. Otras veces se complacia tambien en consagrarse á Jesucristo por medio de María, con esta hermosa oración que nos ha conservado uno de sus historiadores (4). «¡Oh Dios de mi corazón! decia, ved aquí este corazón, que es vuestro; ved aquí todo mi amor, que os ofrezco por medio de vuestra tierna Madre; recibid, ó Santísima Virgen, esta ofrenda, conservad este

(1) El P. Binet, Jesuita.

(2) El P. la Riviere, p. 26.

(3) Talon, p. 18.

(4) Id., p. 17.—El P. la Riviere, p. 28.

«presente, y haced que mi corazón no ame nunca mas que á vuestro Hijo y á vos.»

Después de las iglesias, á nada tenia tanto afecto como á los monasterios (1). Cuando no se le encontraba ni en su casa ni en el templo, se le buscaba en estos asilos de la piedad, y siempre se le encontraba. Convencido de que ganaria mucho frecuentando el trato de los hombres de Dios que los habitan, y que el perfume de virtud que se exhala de sus palabras hace bien al alma, le gustaba ir con frecuencia á renovar su fervor. Unas veces conversaba con algunos santos religiosos, otras se contentaba con mirarlos, y su sola presencia le hablaba al corazón. Viendo á estos cristianos generosos que habian renunciado á todas las esperanzas del mundo, á todos los goces de la tierra, muchos á las grandezas y á las riquezas, para consagrarse á una vida de penitencia, de humildad y de oración, se sentia animado á ser mejor, y los buenos sentimientos que sacaba de estos santuarios de perfección, tenia gusto en comunicarlos á sus discípulos, para escitarlos al celo de su salvación y al desprecio de todas las vanidades del mundo. «¿Qué hacemos nosotros, amigos míos, les decia á menudo, que pensamos tan poco en nuestra salvación? Mientras hay hombres que no piensan en otra cosa, nosotros nos apegamos á los placeres y á los bienes que pasan, habiendo hombres que han hollado con sus piés todo lo que el mundo estima, para conquistar los bienes eternos. ¡Un espectáculo tan bello y tan admirables modelos no nos abrirán los ojos!» (2)

Tal se mostró Francisco en la Congregación donde acababa de ser admitido. No hacia falta tanto para considerarse digno del primer puesto; así es que fue elevado á los cargos de asistente y de prefecto, que son los primeros de la Congregación; y habiendo espirado el plazo señalado para ellos fué reelegido varias veces, en la persuasión de

(1) Carlos Aug., p. 9.

(2) Dep. de Harel, de Rendú y del canónigo Gard.

que nadie podia desempeñar tales funciones mas dignamente y con mejor éxito. Francisco, en efecto, mirando estos cargos como un apostolado que le habia sido confiado, trabajaba con toda su alma por el bien de la Congregacion. Hablaba en público y en particular á los congregantes, les escitaba al fervor dándoles avisos saludables, y sus discursos, apoyados en sus grandes ejemplos, producian admirables frutos. No trataba con menos celo á los jóvenes que se presentaban, y que solicitaban entrar en la Asociacion. Les hacia mirar esta admision como una gracia insigne del cielo, les esponia las virtudes de un buen congregante, empeñándoles á adquirirlas y enseñándoles los medios para ello, y de este modo la Congregacion no recibia sino sujetos dignos, y se hacia cada dia mas fervorosa (1).

Entre tanto, despues de haber seguido el curso de Retórica durante dos años enteros con el mas brillante aprovechamiento, Francisco de Sales, á la edad de quince años, pasó á la Filosofía. Se procuraba entonces no tratar á la lijera una ciencia tan importante, la cual tiene por objeto sentar los primeros fundamentos de toda creencia, ordenar la marcha del espíritu en busca de lo verdadero, ayudarle á pensar con certeza, á razonar sólidamente, y como consecuencia de esto á prepararle á obrar y expresarse bien, y por último, á prevenirle contra los sofismas y falsos juicios, que inundan el mundo y causan todo género de males (2). Por eso se consagraba á ella cuatro años

(1) De Cambis, t. I, p. 75.

(2) La nocion que damos aquí de la Filosofía, muestra bastante de qué Filosofía queremos hablar. En tiempo de San Francisco de Sales se tenia la dicha de no conocer esas especulaciones ó teorías orgullosas, falsamente decoradas con el nombre de Filosofía, que consisten en constituir á la razon juez supremo de lo verdadero; como si una razon tan limitada como la nuestra pudiera ser juez de las altas verdades que plugo á la infinita razon de Dios revelarnos. No se conocia entonces mas que esa Filosofía cristiana, que es una preparacion á la fe, y asienta los cimientos de sus bellas doctrinas sobre los motivos de credibilidad, por sus magníficas demostraciones de la existencia de los atributos de Dios, de la espiritualidad, de la libertad y de la inmortalidad del alma,

de estudios, y se escogian para una enseñanza tan fundamental los hombres mas capaces. Francisco de Sales tuvo la dicha de tener en esta ciencia dos maestros notables. El primero fue Juan Francisco Suarez, natural de Aviñon, bien diferente sin duda del célebre teólogo de este nombre que Benedicto XIV llamaba la *luz de la Teología*, pero sin embargo profesor eminente, muy á propósito para formar en los talentos capaces de direccion, aquella precision, aquella rectitud de juicio que es el fruto de una buena Filosofía. El segundo fue Gerónimo Dandini, uno de los hombres de su siglo, mas versado en la doctrina de Aristóteles, y tan estimado de los Soberanos Pontífices, que fue mas tarde enviado por ellos en calidad de Nuncio á los Maronitas del monte Líbano. El nuevo discípulo recogió con celo las bellas enseñanzas de estos hombres superiores, y sus cuadernos, que la Providencia ha hecho llegar á nuestras manos, manifiestan el vivo interés que tenia en conservar todas sus palabras. Desde la primera hasta la última constan en ellos, con una limpieza esquisita, estando bien cuidados, perfectamente escritos, fáciles de leer á los que han adquirido un conocimiento completo y una especie de hábito en las abreviaturas de que en ellos se hace uso. Todas las márgenes están cubiertas de notas, que dan á conocer las divisiones y subdivisiones y los puntos capitales, formando como un análisis de toda la obra. Por último, se ve allí no solamente al hombre ordenado que hace bien todas las cosas, sino aun al hombre lógico, que clasifica sus ideas y se da de ellas una cuenta clara y exacta.

Solos estos estudios le ocuparon todo un año; pero al principio del segundo, considerando que aprovechando el tiempo, única cosa en que es laudable la avaricia, podia unir otros estudios á estos, y teniendo siempre el pro-

y por último, por su esposicion clara y precisa de nuestros deberes para con Dios, para con el prójimo y para con nosotros mismos; y tal es, aun en nuestros dias, la verdadera y sana Filosofía.